

## LOS PUEBLOS DEL JAGUAR

Gordillo, Inés\*

### Introducción

Avanzado el primer milenio de la Era, en la porción meridional del Noroeste argentino (NOA), aparecen nuevos modos de vida conocidos en nuestra arqueología como “La Aguada”. Se trata de un proceso que tiene sus raíces históricas en el Período Formativo, durante el cual comienza a perfilarse una mayor heterogeneidad y diferenciación interna de las sociedades. La Aguada no es una cultura que se expande por un vasto territorio de la geografía valliserrana, es más bien la expresión de una clara interacción entre comunidades con trayectorias locales propias, las que participan de una dinámica de transformación social previa y concomitante con esa interacción. Corresponde al Período de Integración Regional (PIR), definido alternativamente como Período Medio, Formativo Superior o Floreciente Regional en las periodizaciones arqueológicas del NOA.

En varios lugares de Catamarca y La Rioja, puede observarse para ese momento un incremento de la población, revelado por una importante densidad de sitios de habitación, con un patrón de instalación más complejo y heterogéneo, así como una expansión del área de captación de recursos y de infraestructura agrícola. Paralelamente tiene lugar la especialización y estandarización de bienes materiales -particularmente en alfarería-, la expansión de la metalurgia y otras tecnologías, la incorporación de nuevas técnicas, materiales y modos constructivos, junto con el despunte de la arquitectura pública y el despliegue de un arte muy elaborado que se expresa en una variedad de materias y lugares. Todos estos elementos, en conjunto, definen la emergencia de un orden sociocultural que, en muchos lugares, marcan diferencias claras con los modos de vida precedentes.

En términos generales se trata de un proceso que genera nuevas formas de habitar, accionar, construir e interpretar el mundo social y natural. Su expresión más ampliamente conocida ha sido la potente iconografía centrada en las imágenes felino-antropomorfas y fantásticas. Y si bien la producción artística y tecnológica muestran diferencias estilísticas significativas, los principales íconos -centrados en el ritual y el mito- atraviesan el campo expresivo de las diversas poblaciones humanas de la región, dando cuenta así de ese contacto activo entre las mismas y del usufructo de un capital simbólico común al interior de cada una de ellas.

Las sociedades Aguada habitaron durante más de 400 años en los valles y serranías del NOA meridional. Generaron sus paisajes, en el espacio, en la práctica y en el imaginario, construyendo casas, aldeas, campos de cultivo, corrales, tumbas o estructuras rituales, así como trabajando la tierra, elaborando enseres, preparando alimentos, criando niños, negociando sus roles y posiciones sociales, intercambiando productos, enterrando a sus muertos, venerando a sus ancestros, dibujando imágenes, recreando mitos... No sabemos con precisión cuál fue el derrotero de estos *Pueblos del Jaguar*; según el lugar, se delinear trayectorias históricas con diferentes grados de continuidad y ruptura respecto a las sociedades del Período de Desarrollo Regional que le suceden.

---

\* Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.  
igordillo@speedy.com.ar

## Cien años de arqueología en el Noroeste argentino

A fines del siglo XIX, Samuel Lafone Quevedo dio a conocer materiales cerámicos procedentes de la región de Andalgalá (Catamarca) con diseños grabados o pintados que interpretó como dragones o medusas, dando lugar a la denominación de alfarería *draconiana* (Lafone Quevedo 1892), término que se generalizó por largo tiempo en la arqueología de la región. Poco después, el mismo autor y otros pioneros de la arqueología argentina, presentaron nuevos ejemplares de esa cerámica. Se trataba, en general, de piezas descontextualizadas, halladas en forma aislada o adquiridas por compra en distintas localidades valliserranas. A partir de entonces esa cerámica decorada fue objeto de controversias acerca de su ubicación temporal, dispersión, estilo, relaciones culturales, etc.

Al principio, tales restos fueron englobados, junto con muchos otros materiales, bajo la designación genérica de *diaguitas*, la cual en realidad identifica a los pueblos que habitaban la región al momento de la conquista española. Por ese entonces, y durante varias décadas, imperó una visión plana de la historia indígena; las ideas sobre cronología relativa, profundidad temporal y procesos históricos de largo plazo fueron resistidas y combatidas por figuras destacadas de la arqueología argentina.

Entre las excepciones a esa visión, Salvador Debenedetti (1917 y 1931) y Eduardo Casanova (1930) arriban a un panorama más completo y contextualizado de aquellas manifestaciones, sustentado en cuidadosas excavaciones arqueológicas en el ámbito valliserrano. Definitivamente dejan de lado el término draconiano y en su lugar hablan de la *Cultura de los Barreales*, en directa relación con los suelos desnudos y fuertemente erosionados, convertidos en barreales durante la época de lluvias, en los cuales se registraban con mayor frecuencia sus restos. En lo temporal, ubican correctamente a estos pueblos con anterioridad a aquellos hallados por la conquista española.

Para entonces se sumaban ya las expediciones al Noroeste financiadas por Benjamín Muñiz Barreto que harían historia en la arqueología del área y en nuestro conocimiento de La Aguada. Se trata de once campañas, realizadas entre 1922 y 1930, dirigidas por el ingeniero Vladimiro Weiser. Se descubrieron un centenar de yacimientos arqueológicos, la mayoría de los cuales fueron objeto de excavaciones y relevamientos minuciosos, obteniéndose alrededor de 11.000 piezas. En el valle de Hualfín (Catamarca) excavaron cerca de 2000 tumbas, con registro preciso de plantas y cortes. La documentación sobre estos cementerios es excepcional para la época en que fue realizada y, junto con la colección obtenida, integra desde 1932 el patrimonio del Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Se obtuvo así una notable información que serviría de base para muchos estudios posteriores, algunos de los cuales se siguen desarrollando en la actualidad.

Habrían de transcurrir muchos años para profundizar en la dimensión temporal y la variabilidad espacial del NOA prehispánico. Recién hacia mediados de siglo, la publicación de *North Western Argentine Archaeology* de Wendell Bennett y otros autores (1948) marcaría ese punto de inflexión en la construcción del conocimiento arqueológico de la región. Poco después, los aportes de Alberto Rex González imprimen un avance en ese sentido y orientan, como en ningún otro caso, el curso posterior de las investigaciones arqueológicas en el país y en el Noroeste en particular. Su obra es particularmente decisiva para lo que hasta entonces se denominaba cultura de Los Barreales o draconiana. Propone una diferenciación interna de la misma; identificando una parte como patrimonio de la *cultura de La Aguada* -separándola de *Ciénaga* por su contenido y situación temporal- y desterrando las denominaciones anteriores que las englobaban. Su propuesta se sustentaba en el estudio de las numerosas tumbas que habían sido excavadas por las expediciones de Muñiz Barreto en el valle de Hualfín, junto al examen de superficie de muchos sitios de Catamarca y La Rioja, pruebas estratigráficas, fechados radiocarbónicos y comparaciones tipológicas. De esta forma, en su publicación *La Cultura de la Aguada en el Noroeste argentino* (1961-64), define, caracteriza y contextualiza por primera vez a dicha cultura, determinando su área de dispersión a través de las provincias de Catamarca, la Rioja y norte de San Juan, su desarrollo temporal posterior a Ciénaga y su relación con culturas altoandinas, especialmente con Tiwanaku a través de San Pedro de Atacama.

Hasta mediados de la década del 70, se continuaron con las investigaciones en ese y otros ámbitos valliserranos, resultando en un panorama más completo y variado de las sociedades Aguada. Pero para entonces, la situación política del país durante la última dictadura militar

también afectaría gravemente el desarrollo de las investigaciones arqueológicas. En el Noroeste, varias iniciativas y proyectos en curso se interrumpieron debido a la persecución, el exilio o las limitaciones de diverso orden impuestas a sus investigadores. Aquellos años oscuros repercuten aún hoy en el desarrollo de la arqueología argentina, no sólo por los sucesos mencionados sino también por el hecho, no menos grave, de que gran parte de una generación se vio privada de acceder al ejercicio de la investigación.

Con posterioridad, desde mediados de los 80, se multiplican los estudios en distintas regiones y localidades ocupadas por *La Aguada*, muchos de las cuales siguen en curso actualmente. El incremento de los datos empíricos, así como los nuevos enfoques teórico-metodológicos producidos en la arqueología, la antropología y la historia del NOA y del área andina, llevaron ineludiblemente a replantear el problema y las estrategias empleadas para conocerlo. Las genéricas categorías para definirlo (cultura, período, etc.) fueron útiles en el momento de su formulación, pero se hacía necesario afinarlas para comprender los complejos procesos que *La Aguada* o el *Período Medio* involucraban en cada ámbito geográfico específico y en la interacción entre los mismos. Esta instancia se vio enriquecida por la confluencia de enfoques alternativos y distintas líneas de trabajo inherente a cada grupo de investigación.

En todos los casos resultaba evidente la variabilidad regional y local de Aguada, al mismo tiempo que su unicidad en el manejo de determinados recursos simbólicos. Para algunos autores, este fenómeno era el resultado de procesos sociales de integración. Sobre esta base, algunos autores (Nuñez Regueiro y Tartusi 1990, Pérez Gollán y Heredia 1990) propusieron hablar de *Período de Integración Regional* en lugar de las otras designaciones de *Período Medio* (González 1955) y *Formativo Medio* (Nuñez Regueiro 1974) o *Formativo Superior* (Raffino 1988).

### **Debates actuales sobre La Aguada**

Las investigaciones más recientes sobre el tema abordan una multiplicidad de problemas, cuestionando y revisando algunas de las ideas prevalecientes sobre distintos aspectos de las sociedades Aguada. Entre las cuestiones más discutidas en la actualidad se destacan varios temas; entre ellos las relaciones históricas de continuidad / ruptura respecto a los procesos y contextos sociales anteriores y posteriores, así como el carácter de los cambios que definen el PIR en cada lugar y las situaciones de abandono, despoblamiento o reorganización espacial a distinta escala que definen el final de ese período.

Asimismo, se debate hoy acerca de las costumbres rituales propias de estas sociedades y los espacios asociados a las mismas, como los lugares con arte rupestre y el tipo de prácticas asociadas o bien el carácter de la arquitectura monumental o las construcciones ceremoniales y su alcance político y religioso.

Un capítulo aparte merecen las prácticas mortuorias, un campo fértil de análisis para avanzar en la comprensión de la problemática Aguada en sus distintas escalas y dimensiones socio-espaciales. Extensos cementerios, ofrendas fúnebres variadas, entierros primarios y secundarios en el piso de las viviendas, cráneos cercenados como parte del paisaje domésticos o evidencias de antropofagia, están presentes en alguno o varios de los ámbitos de ocupación de Aguada. Sin duda, el sacrificio humano es uno de los temas más polémicos y difícil de constatar cuando los datos empíricos son ambiguos. Es el caso de los huesos humanos hallados en varios sitios del valle de Ambato, los que no presentan *per se* ningún indicador definitivo de esa práctica. Sin embargo, tampoco podemos negar la posibilidad de sacrificios humanos. Al respecto, no puede ignorarse que la iconografía Aguada expresa claramente que la idea del sacrificio humano estuvo presente en el imaginario colectivo, pero hasta el momento no hay evidencias bioantropológicas directas para definir a ciencia cierta, y como práctica social concreta de aquellas poblaciones, esa acción intencional de matar a un individuo por motivos político y/o religiosos (Gordillo y Solari 2009).

Finalmente, la forma de organización sociopolítica y los procesos de evolución social en la región, constituyen los temas que mayor controversia ha generado en los últimos años. Para algunos autores hay suficientes elementos en Aguada que permiten hablar de la emergencia de señoríos o jefaturas, es decir, de sociedades complejas con algún grado de jerarquización social y política hereditaria (Pérez Gollán 1990, González 1998, etc.). En tanto, para otros las evidencias señalan una sociedad compleja y heterogénea, pero sin jerarquías institucionalizadas. Al respecto, el caso de Ambato es paradigmático. El registro arqueológico

del valle muestra una importante densidad y variedad de instalaciones, con sitios de distinta magnitud y arquitectura, donde unidades residenciales simples coexisten con sitios complejos. Sin embargo, en todos ellos exhiben similares técnicas y estilos constructivos, así como un patrimonio común de elementos muebles y desechos, sugiriendo la ausencia de diferencias en el acceso a los recursos alimenticios, materiales y simbólicos. Sobre esta base, Laguens (2006) interpreta que las desigualdades sociales en Aguada de Ambato fueron generadas, mantenidas y reproducidas a través de un discurso material ambiguo, que paralelamente ocultaba y sostenía las diferencias: los bienes y recursos materiales eran compartidos sin restricciones, pero su cantidad y acumulación marcaba claras asimetrías. Por el contrario, Pablo Cruz (2006) no encuentra en Ambato una repartición muy estratificada del poder. Desafiando el modelo clásico de jefaturas o señoríos, considera más adecuado caracterizar las sociedades que poblaron el valle de Ambato -y la región Valliserrana en general- como sociedades heterárquicas, de redes interpersonales que se auto-organizan, con una coordinación y dirección descentrada y negociada entre las instituciones, y donde las relaciones sociales se basaron más en la reciprocidad y cooperación que en la dominación.

### **Los paisajes arqueológicos de La Aguada en el espacio y en el tiempo**

Las sociedades Aguada habitaron principalmente los actuales territorios de Catamarca y La Rioja entre los siglos VIII y XII de la Era Cristina, y protagonizaron un proceso de interacción entre sí que las hizo partícipes en el uso de un mismo repertorio icónico. Tales imágenes, representadas en artefactos de distinta clase o en las paredes rocosas de cuevas o aleros naturales, aparecen en los distintos ambientes de la región, desde la puna meridional y los valles occidentales hasta las yungas del borde oriental del NOA.

Son muchos los vestigios de estos pueblos. En Catamarca, los cementerios del valle de Hualfín, en el departamento de Belén, con sus abundantes ofrendas fúnebres (que hoy conforman la colección Muñiz Barreto (Museo de La Plata) han permitido delinear la secuencia cultural de la zona (González y Cowgill 1970-75) y comenzar a definir las principales características del Período Medio o PIR. Cabe recordar que la denominada *cultura de La Aguada* debe su nombre a una pequeña localidad homónima del mismo valle donde se halló un cementerio de unas 200 tumbas con el material más exclusivo de los estilos cerámicos propios del ese período. Desde entonces, la riqueza de tales materiales, en calidad y cantidad, ha dado lugar a numerosos estudios sobre iconografía mobiliar, costumbres funerarias y otras prácticas sociales, situaciones de contacto cultural, paleodemografía (Balesta y Zagorodny 2002; Sempé y Baldini 2005; Sempé y Salceda 2005, etc.). También se conocen algunos sitios con arquitectura de piedra correspondientes o relacionados históricamente con las poblaciones Aguada, como Barrealito de Azampay (Sempé, Balesta y Zagorodny 1996-97) o Loma Larga (González 1998).

En el valle central de Catamarca y en las serranías de Ambato-Manchao, Aguada exhibe un perfil particular, con complejos asentamientos (Pueblo Perdido de la Quebrada, Pezuña de Buey, Peschiutta, etc.), obras de cultivo y de control hidráulico, que se habrían desarrollado desde épocas tempranas. En estos sitios se reconoce también el singular estilo cerámico denominado *Portezuelo* o *Huillapima* (Kriscautzky 1996-97; Kriscautzky y Lomaglio 2000, Kusch 1996-97). En el sector sur del ese valle también aparecen evidencias de ocupaciones durante el período. Allí, González localizó varias unidades monticulares e inició las excavaciones de una de ellas. Se trata del sitio Choya 68 (Dpto. Capayán), cuyo carácter ceremonial se desprende de la notable estructura maciza que lo integra, asociada con amplias superficies preparadas y construcciones piedra. La cerámica más característica del sitio y de la zona es la del tipo Aguada Portezuelo, aunque también aparecen modalidades propias de otras regiones, marcando claras relaciones con las mismas (González 1998). Un exhaustivo análisis de cronología radiocarbónica ubica a Choya 68 alrededor del 1000 d.C. (Baldini *et al.* 2002).



Figura 1: Pueblo Perdido de la Quebrada, Catamarca.

La cuenca del río Los Puestos, conocida en la arqueología del NOA como el valle de Ambato, ha sido objeto de investigaciones durante varias décadas (Perez Gollán *et al* 1996-97, Gordillo 2004, Laguens 2005, Cruz 2006, entre muchos) y ofrece un perfil social del PIR bastante completo y discutido. La sociedad *Aguada de Ambato* ha dejado abundante testimonio de su presencia en el área. El registro arquitectónico exhibe una variedad de formas, tamaños y funciones, con numerosas sitios de vivienda, construidos en piedra y tapia y formados por una o más unidades patio-habitaciones, así como estructuras agrícolas de distinta clase que se extienden a lo largo de la cuenca, especialmente en su margen occidental. Algunos sitios, como *Iglesia de los Indios* (La Rinconada), *Huañomil* o *Bordo de los Indios*, se destacan por su magnitud y por la presencia de arquitectura ceremonial. Pero si bien hay escenarios claramente diferenciados, "...todos los espacios construidos están imbuidos de elementos comunes en su materia, técnica, estilo, trama y estética, los que además revelan una apuesta a la permanencia en el lugar; un firme proyecto a futuro que, de hecho, se hizo efectivo a juzgar por los datos cronológicos que señalan una ocupación prolongada del área" (Gordillo 2007b). Además, los habitantes de los distintos sitios usaron y desecharon los mismos recursos y materiales muebles; también, en forma paralela al despliegue público, desarrollaron rituales similares de carácter doméstico o privado, como los entierros -humanos y/o animales- debajo de los pisos de las casas o los elementos simbólicos en el interior de las mismas.

En la región de Andalgalá son escasas las evidencias arquitectónicas que puedan adscribirse claramente con el PIR; es probable que los restos de los asentamientos correspondientes a ese momento se encuentren completamente enterradas por los procesos naturales de depositación que caracterizan al área. Sin embargo, allí están representadas las modalidades cerámicas reconocidas en otras regiones de ocupación Aguada, como las de los valles de Hualfín, de Ambato y del norte de La Rioja. Esto último, sumado a los antecedentes registrados por Lafone Quevedo, parece estar indicando una situación clave dentro de la dinámica del Periodo de Integración, la cual también se habría visto favorecida por la ubicación de la zona en una posición intermedia entre los valles orientales y occidentales articulando gran cantidad de vías de circulación (Gordillo *et al* 2009). Además, la región cuenta con recursos mineros importantes, como los de Capillitas, que seguramente fueron explotados por poblaciones de



diversos lugares. Por ejemplo, los estudios de los objetos de metal del valle de Ambato indican que la materia prima muy probablemente procede de esta zona.

Dentro del territorio de Catamarca, se suman también los sitios hallados más recientemente en la zona de Laguna Blanca, en la puna meridional (Delfino 1996-97), con recintos de piedra asociados a cerámica estilo Aguada. Asimismo, en el extremo oriental, además de las excepcionales manifestaciones de arte rupestres de la Sierra de El Alto- Ancasti, (ver más adelante *Arte Rupestre*) se han hallado recientemente sitios con arquitectura de piedra, que incluyen unidades de vivienda y/o espacios agrícolas, con materiales Aguada, como es el caso de *Rodeo de los Indios* (Gordillo 2008) o El Taco 19 - La Peña (Quesada 2010, comunicación personal), los que se suman a los hallazgos realizados varios años atrás por Domingo C. Nazar (1996). Al respecto, cabe señalar que actualmente existen varias investigaciones en curso que dan nuevo impulso a la arqueología de esta zona, que es clave para comprender los procesos sociales del NOA prehispánico.



Figura 2: Sector de la cumbre en el Dpto. El Alto; vista del sitio Rodeo de los Indios (en la loma central).

Fuera de Catamarca, se destacan las ocupaciones Aguada en el norte de la actual provincia de La Rioja, especialmente los sitios del valle de Vinchina, Bañados del Pantano, Anillaco y La Cuestecilla. También allí, cada localidad o valle se diferencia por características propias, desde pequeños agrupamientos de viviendas hasta extensos conjuntos de estructuras, como es el caso de La Cuestecilla, en el valle de Antinaco (Dpto. Famatina), sitio multicomponente de inusuales dimensiones y con arquitectura ceremonial, (Callegari *et al* 1996-98).

Por otro lado, el piedemonte meridional de Tucumán -especialmente en la zona de Escabastuvo ocupado por poblaciones Condorhuasi, que se continuaron con Aguada. Aparecen allí restos de recintos de piedra en superficie, la cerámica negra grabada y la pintada tricolor, que vinculan a esta área con los valles orientales de Catamarca, así como con llanura chacosantiagueña (Pantorrilla y Núñez Regueiro 2006).

A escala macro-regional estos grupos se habrían relacionado con otras sociedades distantes, localizadas en diferentes lugares de los Andes del sur, probablemente enlazadas regularmente

por circuitos de caravanas de llamas y el intercambio de bienes, recursos, experiencias, conocimientos, ideas, etc. que esa práctica hizo posible. Tal vez por ello es que podemos encontrar elementos propios de Aguada en lugares tan distantes y distintos como, por ejemplo, San Pedro de Atacama en el Norte Grande de Chile (Llagostera 1995). La ubicación geográfica de las distintas poblaciones del período Medio, la proximidad a diferentes regiones naturales y la posibilidad de transporte, habría facilitado el acceso a una multiplicidad de recursos, así como el intercambio y la interacción de alcance regional e interregional que se postulan para la época.



Figura 3: Diseño del unku de San Pedro de Atacama con diseños estilo Aguada realizados por teñido, de 71 por 53 cm. Formaba parte de un fardo funerario del sitio Quitor 2. Museo Arqueológico Le Paige, San Pedro de Atacama, Chile.

Las poblaciones Aguada habitaron durante varios siglos la porción meridional del NOA. Según se desprende de los estudios más recientes sobre cronología (Gordillo 2007a), sustentados en el nutrido conjunto de dataciones de  $^{14}\text{C}$  obtenidas en los diferentes sitios de cada región, la ubicación temporal del conjunto se extiende, aproximadamente, entre el 700 y 1200 dC. traspasando incluso los límites inferiores propuestos para el Período de Desarrollos Regionales en el NOA en general.

En cada lugar, entre los siglos VII y VIII de la Era, comienzan a perfilarse paisajes sociales novedosos, con materialidades inéditas, resultado de una dinámica de transformación social generada en las trayectorias locales de cada comunidad y en el incremento de la interacción entre ellas. No conocemos con precisión cuál fue el final de tales sociedades, aunque podemos visualizar distintos tipos de abandono o despoblamiento. Desde abandonos imprevistos y repentino, como en Ambato, hasta retiros planificados como en las cumbres de El Alto. Además, en cada lugar, se plantean situaciones diferentes respecto al periodo que le sucede: 1) ocupaciones posteriores por parte de otros grupos sociales, como en el valle de Hualfín, las que pueden ser estables u ocasionales; 2) continuidad de la ocupación del lugar y coexistencia crítica con otras sociedades tardías, tal como parece haber ocurrido en el valle de Vinchina y 3)

ausencia de ocupaciones posteriores, como se habría dado en el valle de Ambato o en el de Antinaco de La Rioja.

### **El discurso visual de La Aguada**

Las manifestaciones artísticas de estas poblaciones son consideradas por muchos como las más sobresalientes del NOA prehispánico. En distintos tipos de artefactos de cerámica, hueso y metal, así como en las paredes rocosas de cuevas y aleros, fueron representados motivos y diseños que muestran una importante variedad formal, desde simples y esquemáticos hasta complejos y analíticos. Si bien comprende diseños de carácter geométrico, el discurso visual de las sociedades Aguada es mayormente figurativo, con representaciones humanas, felínicas, ofídicas, aves, llamas, simios, batracios, saurios, murciélagos y múltiples combinaciones posibles entre las mismas. La mayoría de las composiciones aluden al jaguar a través de su representación completa, combinada con otras figuras y/o mediante recursos metonímicos, como la representación de sus garras, manchas o pisadas.



Figura 4: Mortero esculpido con figuras humano-felínicas; largo: 47 cm. Museo de Ciencias Naturales de La Plata.



Figura 5:  
Hacha de Bronce con figura humano-felínica  
(largo: 17 cm) de Santa Cruz, Famatina, La Rioja. Museo  
Etnográfico, FFyL, UBA (foto de Benjamin Bakwell)

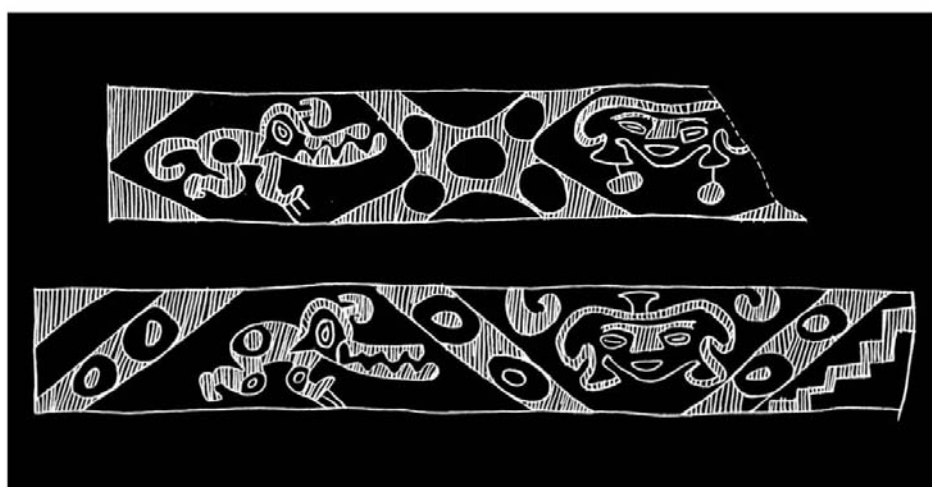
Entre las producciones más notorias de esta iconografía se destacan las de carácter imaginario, resultado de una simbiosis formal entre diversos modelos animales. Tales figuras fantásticas presentan marcadas variantes regionales, pero siempre hacen referencia al mismo conjunto de componentes faunísticos o humanos. Seres quiméricos, multicéfalos, con curiosas mezclas de jaguares, serpientes, saurios y hombres toman forma a través de diferentes procedimientos plásticos, que van desde los más sencillos y directos, como la unión anatómica, hasta los más sutiles y elaborados, como las imágenes de doble o múltiple lectura (logradas por recursos de figura-fondo reversibles o de rotación) o la combinación anatómica-conceptual, donde el modelo representado adopta el gesto, la posición o la actitud de otro (Gordillo 1998).

Temáticamente, el discurso visual de Aguada no se relaciona con la vida cotidiana. No se dibujan objetos, plantas o animales de extendido uso doméstico o productivo. Los animales representados no son los que se cazan, crían, comen y/o usan en las prácticas diarias de estos pueblos. Tampoco, se alude a las actividades domésticas o de subsistencia, ni a los elementos o espacios que ellas involucran. Resulta claro que aquello que importa representar no es lo importante para subsistir.





Figura 6: Arriba: motivo de la trilogía humano-felino-ave. Abajo: el diseño en bandas donde aparece ese motivo, corresponde a una escudilla negra grabada de La Rinconada, Ambato, Catamarca.



En cambio, la mirada está dirigida hacia cuestiones religiosas, y los principales núcleos temáticos que trascienden en la iconografía -más allá de tal o cual motivos identificado- están centradas en el rito y en el mito. El primero encuentra su expresión en la figura humana masculina con atributos felínicos y en los motivos compuestos antropofelínicos. Hay dos temas centrales, explícitos o implícitos, que dominan estas representaciones: uno es *la transformación* (figuras antropofelínicas de jaguares en posición sentada y supina, secuencia de trance, etc.) y el otro es *el sacrificio* (figuras del enmascarado y del sacrificador). Por su parte, las imágenes que aluden al mito estarían definidas en formas animales redundantes como la del jaguar, así como en las representaciones imaginarias, quiméricas, de *seres sobrenaturales* o mitológicos que no remiten a una práctica o sujeto concreto. La recurrencia formal de algunos motivos compuestos de carácter fantástico -en especial de la predominante figura draconiforme multicéfala- alude a imágenes ideales fuertemente instaladas en el imaginario colectivo, a una realidad mítica que toma forma y se reproduce en el arte.



Figura 7: Figura del enmascarado, alero La Sixtina (Dto Ancasti, Catamarca). Alto: 60 cm.

En los tres núcleos temáticos antes señalados, el símbolo del jaguar cruza toda la narrativa visual de Aguada, valiéndose de una multiplicidad de formas y recursos plásticos (parte, totalidad, atributo, actitud), planteando siempre una relación significativa con el hombre, tanto de oposición, como de identificación y subordinación. Probablemente el dominio de ese animal en el imaginario plástico mediante la apropiación humana de su figura y atributos, e incluso mediante el mismo acto y efecto de su mera representación, significó también el dominio del mundo natural y social.

### **Variantes estilísticas del arte mobiliario**

Respecto de este patrimonio común a toda la plástica Aguada, los diversos ámbitos arqueológicos locales o regionales exhiben una identidad estilística propia. Los principales estilos identificados en la geografía catamarqueña -que corresponden al valle de Hualfín, valle central de Catamarca y valle de Ambato- se diferencian por la preeminencia de alguna de las técnicas de ejecución, así como por el manejo particular de recursos plásticos, temáticos y compositivos.

Es importante detenerse en estas particularidades. Del valle de Hualfín proceden la mayor colección de materiales cerámicos Aguada; entre sus variantes estilísticas se destaca la alfarería gris, cocidas en atmósfera reductora, de paredes delgadas y superficies pulidas, con diseños grabados en paneles donde se integran varias figuras de carácter zoo y antropomorfo. Son frecuentes las representaciones de personajes ataviados con elementos felínicos (trajes, adornos cefálicos, máscaras, etc.) y con armas (tiraderas, hachas, lanzas, etc.). Si bien aparecen motivos zoomorfos de aves, ofidios y saurios, la imagen dominante es la del jaguar. Muchas veces se repite a lo largo de cada panel o se combina con la figura humana central formando composiciones tripartitas y, en otros casos, se integra en un mismo motivo de carácter fantástico humano-felínico. Este último tipo de representación es el que predomina en la cerámica oxidante pintada, la otra modalidad estilística de Hualfín caracterizada por diseños ejecutados en negro o más colores sobre superficies engobadas en tonos ocre o rojizos. Los diseños pintados muestran formas más suaves y sensibles que minimizan el carácter agresivo de las representaciones.





Figura 8. Escudilla gris grabada con representación de antrope-felínica, Aguada; alto: 12 cm. Colección Muñiz Barreto, Museo de Ciencias Naturales de La Plata.

El valle de Ambato se caracteriza por las vasijas de superficies negras lustrosas, el predominio de diseños grabados -frecuentemente en negativo-, las figuras múltiples compuestas de carácter imaginario y la versión muy compleja y elaborada del felino o jaguar. Asimismo, las figuras humanas y los diversos motivos zoomorfos -aves, saurios, ofidios, felinos- pueden aparecer como diseños simples o combinados entre sí formando motivos complejos. El patrimonio alfarero de esta región comprende también al estilo Ambato Bicolor y Tricolor, caracterizado por una alfarería de tipo ordinario, de fondo rojo y pintada en negro y blanco o sólo en negro.



Figura 9. Representación del "enmascarado" en una vasija de La Rinconada, valle de Ambato, Catamarca.

Paralelamente, el valle central de Catamarca se distingue artísticamente por el estilo alfarero denominado Portezuelo, caracterizado por una cerámica de muy buena calidad, con una barroca decoración policroma que utiliza hábilmente la técnica del negativo, ajustando los diseños a campos compositivos bien definidos. Los temas predominantes son, como en toda la iconografía Aguada, el felino y la figura humana, que se combinan entre sí y con figuras

ofídicas y ornitomorfas. Particularmente, la representación del felino en este estilo exhibe un alto grado de síntesis y de desestructuración tal, que en ocasiones resulta casi imposible identificar el modelo original (Kusch 2000).



Figura 10. Representación de un personaje con máscara felínico-ofídica, lanzas y un felino. Cerámica Aguada estilo Portezuelo procedente de la zona de Icaño; colección N. Tejeda (tomado de González 1998).

Otros tipos de alfarería pintada son los que prevalecen en el norte de La Rioja, donde los diseños Aguada cobran formas peculiares, como las piezas con modelado antropomorfo en el cuello y las figuras zoomorfas felinizadas. Por su parte, los ornitomorfos esquemáticos, si bien son comunes en otras regiones de Aguada, adquieren aquí una presencia inusual. A ello se suma la representación modelada de temas vinculados a la fauna local que responde a patrones compositivos propios (Kusch y Baldini 1996).

### **Arte rupestre**

Además de su prolífica presencia en los materiales muebles, la iconografía Aguada también tomó forma en las representaciones rupestres de cuevas, aleros y bloques rocosos de distintas regiones. Entre ellas se destaca la sierra de El Alto-Ancasti, donde se ubica uno de los reservorios más importantes de arte rupestre del Noroeste argentino. Se trata de varios sitios ubicados en las laderas de la sierra, a partir de la cual se extiende, hacia el naciente, la llanura semiárida. En el interior de grutas o aleros naturales se representaron imágenes pintadas en varios colores, especialmente en rojo, negro y blanco; en menor medida también aparecen figuras grabadas (picado o martilleo) o bien una combinación de ambas técnicas mediante la aplicación de la pintura sobre trazos previamente grabados.

En gran parte de estas manifestaciones de carácter figurativo, a veces fantásticas, aparecen los temas más potentes de la iconografía Aguada; son frecuentes las figuras felínicas o felinizadas, las representaciones humanas con armas, escudos o cabezas cercenadas, el enmascarado y las imágenes fantásticas logradas por combinación anatómica, por bipartición o por anatropía. A diferencia de los diseños mobiliarios, en las paredes rocosas se muestra con frecuencia el movimiento y la acción, especialmente a través de las escenas de carácter ritual.





Figura 11. a. Figura bipartida humano-felínica, cueva El Guitarrero (Dpto Ancasti, Catamarca). Alto: 107 cm. 11. b. Esquema de la figura bipartida.

El sector sur de esta zona, en los departamentos de Ancasti y La Paz, comprende un conjunto significativo de cuevas y aleros, como La Sixtina, El Guitarrero, El Divisadero, Los Pumas (en el área de La Tunita), La Toma, La Candelaria, etc., con deslumbrantes figuras de enmascarados, felinos y aves entre otros motivos.



Figura 12: Parte de una escena ritual de cueva La Candelaria (Dpto. Ancasti, Catamarca). La figura felínica principal mide 66 cm. de largo.





Figura 13: Figura felínica en el alero La Toma, cerca de Icaño (Dpto. La Paz).

En el sector norte, en el departamento de El Alto, han sido registrados varios sitios con arte rupestre, como Los Algarrobales, Condorhuasi, La Huerta, Casa Pintada y Oyola entre otros. En ellos, se identifican algunos motivos de la iconografía Aguada, pero no son tan dominante y excluyentes como más al sur; los paneles de esta zona parecen reunir representaciones de varios períodos y sociedades prehispánicas.



Figura 14: Huellas de felino representadas en el techo de Casa Pintada, cerca de Guayamba (Dpto. El Alto)

Figura 15: Una de las cuevas con representaciones ofídicas en la localidad de Oyola, El Alto, Catamarca.



Las imágenes representadas y su particular entorno sugieren que este ámbito constituyó un espacio vinculado al ritual, con prácticas que involucraron el consumo de sustancias psicoactivas. Al respecto, no puede ignorarse la ubicación de estas cuevas en la plenitud de los bosques del cebil y en los límites orientales del territorio andino. De las semillas de ese árbol, *Anadenanthera colubrina*, se obtiene uno de los alucinógenos más valorados en el NOA



precolombino y en otras áreas de Sudamérica. Cabe señalar, además que esta zona de cebiles y fronteras es también el hábitat natural del jaguar, sin duda el recurso simbólico más extendido en Aguada y gran parte de las sociedades americanas.



Figura 16: Cuevas y bosques de cebiles en las yungas de Catamarca.

Así, al considerar la iconografía Aguada en sus contextos asociados advertimos que la imagen del felino tuvo un lugar de privilegio en los espacios sagrados de las cuevas de las yungas y las tumbas de Hualfin, reforzando también así su poder y relevancia en las instancias críticas de la existencia individual y colectiva en torno a las creencias y rituales que relacionan al hombre con el mundo sobrenatural y con la muerte. Pero también habitó en las casas, en los escenarios ligados a la vida cotidiana y a la experiencia ordinaria; aparece en los artefactos abandonados o descartados en el interior de habitaciones y patios, como lo testimonian las cerámicas decoradas hallados en los sitios de vivienda de algunas regiones, como el norte de La Rioja, el valle central de Catamarca y el valle de Ambato.

#### **Un caso muy particular: el sitio Iglesia de los Indios (La Rinconada)**

Dentro de este último ámbito, el valle de Ambato, es oportuno detenerse brevemente en La Rinconada o Iglesia de los Indios, un sitio ceremonial Aguada que ha sido largamente investigado, con resultados muy fructíferos para la arqueología de la región y del período. Se relaciona estrechamente con otros sitios coetáneos del mismo valle, los que en su conjunto habrían sido despoblados repentinamente hacia el 1100 AD., luego de unos cuatro siglos de ocupación. Asociados al último momento de ocupación hay signos de incendios generalizados y este es uno de los aspectos que hacen más notables los hallazgos registrados en el sitio: en muchos sectores los techos quemados colapsados sobre los pisos de ocupación sellando en parte los artefactos y materiales que allí estaban en uso activo o potencial al momento del abandono.

La Iglesia de los Indios se emplaza sobre la planicie del fondo de valle que se extiende junto a la margen derecha del río Los Puestos, en Ambato, Catamarca. Ocupa un área de aproximadamente 130 m (N-S) por 120 m (E-O). Está formado por un conjunto de estructuras

articuladas en una trama ortogonal de unidades adosadas, las que siguen un patrón constructivo de muros dobles y robustos de piedra y/o tapia. En planta, el conjunto de las construcciones configura una gran U abierta hacia el poniente. En el centro se extiende la plaza, un espacio básicamente plano y de grandes dimensiones (82 m N-S por 64 m E-O), alrededor del cual se disponen unas treinta estructuras de diferente tipo. En la rama sur se levanta la plataforma principal con sus rampas de acceso, mientras que las ramas norte y este están compuestas por recintos articulados entre sí y en gran parte rodeados por un muro perimetral que define los límites del sitio.

La forma en que se distribuyen e integran las distintas unidades arquitectónicas en el sitio La Rinconada, permite diferenciar dos grandes espacios vitales dentro del mismo: 1) el espacio público, integrado por la unidad espacial central o plaza y las construcciones que la circundan, incluida la plataforma que se extiende por toda el ala sur del sitio, caracterizadas por una arquitectura escenográfica y monumental; 2) el espacio residencial, constituido por las áreas de vivienda de los sectores Norte y Este del emplazamiento. En muchos aspectos debieron existir puntos de contacto y superposición entre ambos espacios, pero cada uno de ellos se vincula, en esencia, a esferas diferenciadas de la conducta social. El primero fue escenario de prácticas eventuales y colectivas de carácter religioso, mientras que el segundo, fue parte de la vida cotidiana, corresponde al orden doméstico y privado.

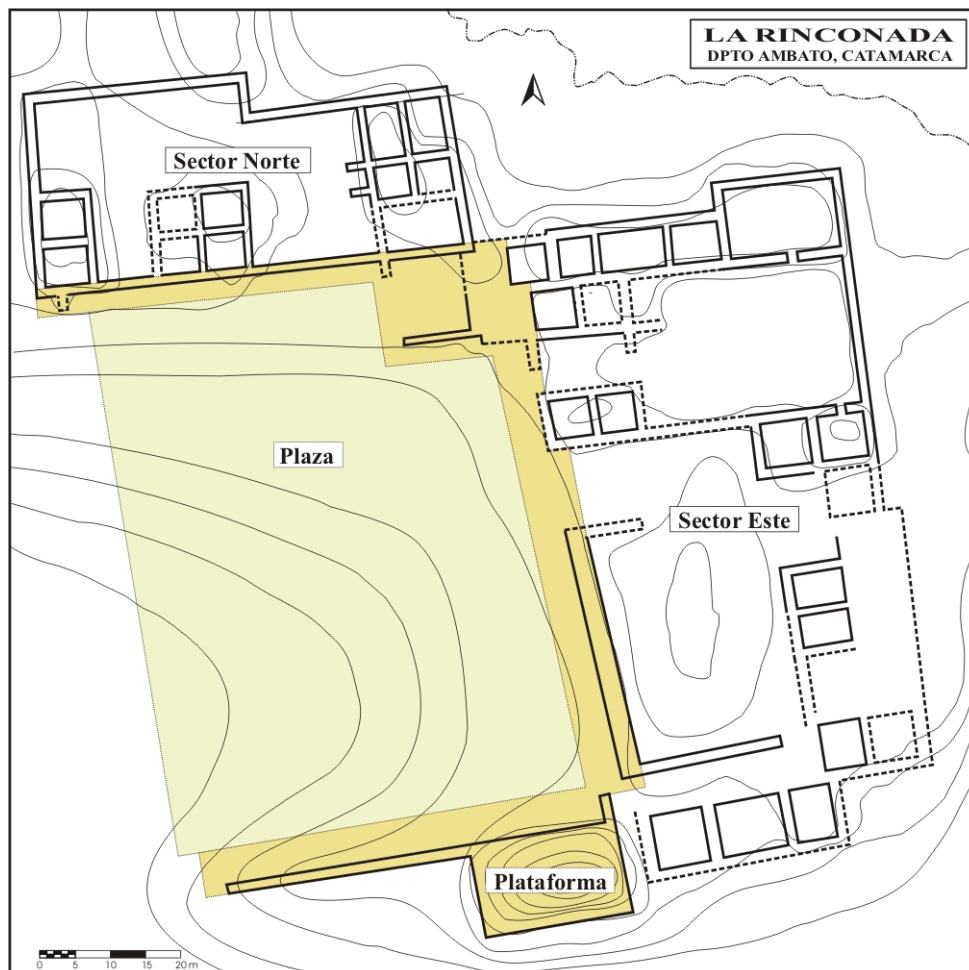


Figura 17: Plano de La Rinconada o Iglesia de los Indios (Ambato). Al centro, en color, la plaza rodeada de estructuras macizas. En las ramas Norte y Este, las áreas residenciales.

La arquitectura monumental exhibe un manejo limitado de los parámetros verticales, pero se destaca sin embargo, en forma clara y libre de obstáculos dentro del contexto del sitio. En este sentido, la plataforma independiente es la estructura que presenta mayor visibilidad espacial y temporal, pero no puede ser entendida sin integrarla al conjunto paisaje construido y, especialmente, al espacio que he definido como plaza. Esta última comprende un área



físicamente homogénea que se diferencia netamente del sector edilicio circundante y en torno a la cual se orientan los arreglos escenográficos.

Este binomio plataforma-plaza resulta fundamental cuando pensamos en términos de comunicación ritual, transmisión ideológica y reproducción social. En La Rinconada, ambos componentes arquitectónicos se complementan y cobran significado uno en relación al otro. La plaza tiene carácter colectivo y observacional en definida oposición con el espacio escénico o actoral de la plataforma, al que se suman otras construcciones menores. Su análisis en el contexto arquitectónico me permitió estimar la cantidad tentativa de participantes en el ritual e interpretar la naturaleza de las interacciones que ocurrieron en el lugar (Gordillo 2005). Aplicando índices de densidad derivados de estudios etnográficos y etnohistóricos, la capacidad potencial del espacio público ronda en los 1000 individuos, cifra que sobrepasa ampliamente la población estimada para los sectores residenciales del sitio, la que en el mejor de los casos no supera las 180 habitantes.

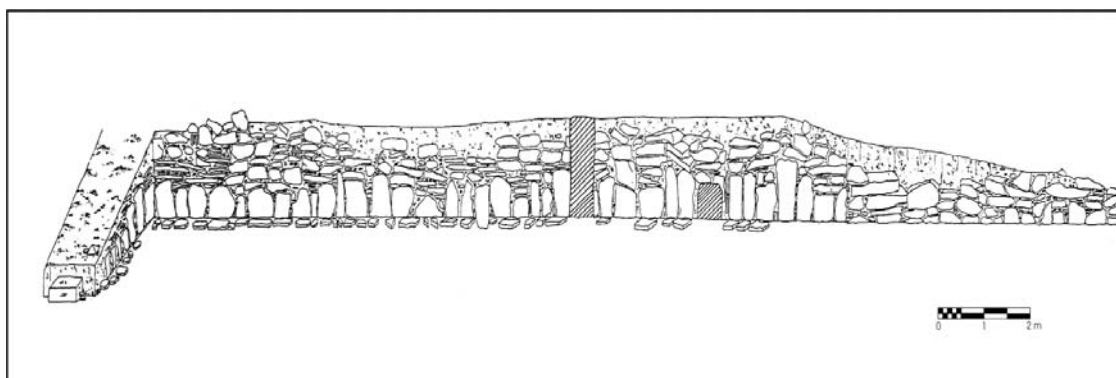


Figura 18: Dibujo de la fachada norte, con sus rampas, de la plataforma principal de La Rinconada (gentileza de Alberto Rex González).

Considerando la escala y la estructura del paisaje ritual, además de las propiedades visuales cabe señalar la importancia de las condiciones acústicas del espacio en función de las posibilidades de percepción auditiva. Sin duda, el sonido (la voz humana, la música y ruidos de distinto origen) debió desempeñar un rol clave en la comunicación ritual. Se trata de un factor poco estudiado en la arqueología, pero cuyo análisis en el sitio (Gudemos 1993) hizo posible determinar una estrecha correlación entre las cualidades acústicas y visuales del lugar, con una sugerente coincidencia en la distribución de los puntos de mejor emisión y recepción sonora y visual (Gordillo 1998).

De esta forma, los alcances de la percepción humana en conjunción con las características del paisaje construido, la dimensión de sus espacios y los atributos claramente escenográficos, permiten considerar un modelo de funcionamiento del ritual público definido por la división de los participantes en términos de audiencia y oficiantes, con ámbitos diferenciados por parámetros de densidad, distribución y actitud de las personas y con un despliegue ritual que adquiere básicamente las características comunicativas de la distancia pública (Hall 1966), las que potencian y simplifican el discurso verbal y no-verbal.

Aún considerando otros sitios, como Bordo de los Indios (Herrero y Avila 1993) o Huañomil (Cruz 2006) con una estructuración espacial semejante o más compleja aún, su localización permite suponer que el alcance y funcionamiento de la Iglesia de los Indios –o de tales sitios– comprometió a un conjunto amplio de instalaciones sincrónicas de la región. En este sentido, la capacidad del espacio público del sitio sugiere también el usufructo del mismo por parte de los habitantes de esas instalaciones. Paralelamente, la proyección temporal a escala *multigeneracional* de su arquitectura estaría reflejando para el ámbito de influencia de La Rinconada una continuidad social e ideológica, con un núcleo de creencias, símbolos y prácticas compartidos por varias generaciones. Esto no quiere decir que haya una centralización político-religiosa, más bien señala la existencia de lugares o construcciones ligadas al ritual comunal distribuidas a lo largo del paisaje social de Ambato durante el PIR.

En el mismo sitio se integran varios núcleos de vivienda, contruidos con una tecnología arquitectónica notablemente elaborada. Las habitaciones adosadas entre sí y con techos a dos

aguas, estaban distribuidas en torno a grandes patios grandes patios con aleros o galerías laterales. En unas y otros se desarrollaron múltiples actividades domésticas vinculadas a la producción de alimentos y bienes, a su consumo y almacenaje, a las prácticas rituales privadas, etc. En este sentido, se relaciona estrechamente con otros sitios coetáneos del valle, los que en su conjunto habrían sido abandonados repentinamente e incendiados hacia el 1100 AD., luego de unos cuatro siglos de ocupación.

Cada uno de los núcleos residenciales de La Rinconada muestra una clara segregación respecto a los otros y se encuentra separado del gran espacio central -la plaza- por muros bien definidos. El acceso desde éste último está orientado a través de amplios vanos de comunicación que conectan plaza y patios en forma directa y fluida, dado que pueden traspasarlos varias personas simultáneamente. Este patrón de permeabilidad se repite al interior de cada núcleo, pero los accesos a los recintos habitacionales son menores, físicamente más estrechos, definiendo un flujo más controlado y restringido que tiende a ser individual.

Teniendo en cuenta las características de las habitaciones, podemos entender a las mismas como los espacios circunscriptos de mayor privacidad dentro del sitio, con límites definidos y control de acceso físico y perceptivo, pero sin divisiones fijas -inmuebles- interiores. Allí tuvo lugar una interacción sostenida, íntima y personal, entre los miembros de cada grupo familiar, constituyéndose en escenario de actividades múltiples y regionalizadas, como dormitorio, preparación y consumo de comida, depósito de artefactos y algunos alimentos, reserva de vajilla rota pero reutilizable, etc. y foco de prácticas rituales privadas y tradicionales (Gordillo 2007a).

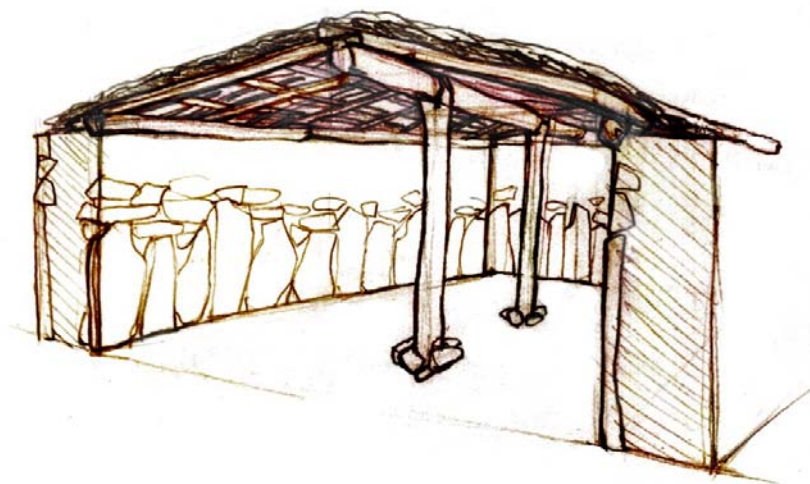


Figura 19: Croquis de una vivienda del sitio La Rinconada.

En tanto, los patios fueron espacios muy amplios, abiertos pero circunscriptos, con sectores internos diferenciados, que posibilitaron prácticas potencialmente autónomas para cada núcleo residencial, en tanto estuvieron físicamente ocultas desde el exterior o desde otros núcleos. Constituyeron un lugar obligado de encuentro en la circulación y la vida diarias, donde se habría desarrollado una interacción social cotidiana entre unidades sociales co-residentes, partícipes estas de la producción común de alimentos y almacenaje a mayor escala, junto a otras actividades de elaboración artesanal, consumo, entretenimiento. Fueron, además, ámbitos de conexión entre las habitaciones y la plaza, conformándose como una esfera de articulación entre los órdenes privado y público (Gordillo 2007a).



Figura 20: Excavaciones en uno de los grandes patios del sitio: muro lateral y piso de ocupación con abundantes restos materiales entre los troncos quemados.

Por otro lado, algunos de los bienes y recursos empleados en La Rinconada y otros sitios del área señalan relaciones estrechas con los siguientes ámbitos geográficos:

- La zona de Yungas y los Altos Singuil, de donde provienen, entre otras cosas, gran parte de los recursos madereros usados en las construcciones, como el Laurel de la Falda y el Aliso, que son predominantes en los techos del sitio.
- Los pastizales de altura, hábitat natural de la vicuña, animal que ha sido identificado en el sitio en forma asociada con el consumo alimenticio y las prácticas rituales.
- La región de Andalgala y el distrito Capillitas, donde se registra una de las variedades del estilo negro grabado más específicas a La Rinconada y probable fuentes de los minerales metalíferos empleados en la producción de los instrumentos de metal hallados en el sitio, especialmente los de bronce arsenical.
- El valle de Catamarca, que además de una iconografía parcialmente compartida, presenta materiales cerámicos comunes al valle de Ambato<sup>7</sup>.
- Los valles occidentales y meridionales de Catamarca y La Rioja, cuyas manifestaciones muebles exhiben símbolos iconográficos comunes también en Ambato.

Esto permite suponer la existencia de desplazamiento a otras regiones, con una logística posiblemente centralizada en la llama como animal de carga, orientados hacia el aprovisionamiento directo de materias primas y/o el intercambio de productos con los grupos o etnias. Además de ello, tales viajes brindarían información acerca de distintos lugares y su gente, permitiendo la creación y consolidación de lazos sociales intercomunitarios. La ubicación geográfica de la sociedad Ambato en un área intermedia próxima a distintas regiones naturales, habría facilitado el acceso a esos y otros recursos, así como la interacción con diferentes poblaciones a escala interregional. Ese flujo de materiales habría estado acompañado también de conocimientos e ideas, y hoy aparece testimoniado en la distribución a escala macro-espacial de materias primas, recursos animales y vegetales, objetos de metal, cerámica y símbolos iconográficos.

El final de la vida en el sitio está definido por los incendios generalizados. Los techos quemados colapsaron sobre superficies y materiales en uso efectivo o potencial, y no hay signos de reocupación del lugar. Esta situación ha permitido caracterizar el contexto terminal de ocupación del lugar y definir un rango cronológico para ese acontecimiento entre el 1050 y 1200 AD, absolutamente concomitante con los registros de otros sitios del valle.





Figura 21: Troncos quemados de la estructura del techo que colapso con el incendio, todos son de Laurel de la Falda (*Cinnamomum aff porphyrium*), una especie que crece en los bosques tucumanos.

Varios son los interrogantes respecto a los incendios mencionados ¿están asociados a las motivaciones del abandono o son inmediatos al mismo? ¿ocurrieron en forma simultánea o escalonada? ¿obedecen a causas naturales o acciones sociales? En este último caso ¿fueron intencionales o involuntarios?

La concomitancia en el registro con otros asentamientos del valle (arquitectura, materiales inmuebles, restos vegetales y óseos, etc.), la presencia de elementos finos, fácilmente transportables, y de restos alimenticios sin consumir, la correspondencia en el marco cronológico general y la ausencia de signos de reocupación de los sitios y del área, son factores que permiten considerar un abandono repentino, que no fue previsto o planificado con suficiente antelación, en el que no sólo se resignaron los lugares de residencia sino también artefactos útiles, objetos simbólicos y alimentos sin consumir, y que constituyó un despoblamiento colectivo y definitivo del lugar. Pero entonces nos preguntamos ¿cuáles fueron los factores que generaron este escenario de abandono? Y ¿por qué no fue repoblada el área? Sabemos que a posteriori el área continuó prácticamente despoblada; sin duda las circunstancias del abandono, la memoria colectiva de experiencias históricas allí vividas, las condiciones en que quedó el lugar y la interpretación social de estos paisajes preexistentes habrían jugado un rol central en la decisión de “no habitar” por parte de los mismos grupos o de otros.

Desconocemos el movimiento y la relocalización de estas poblaciones. Seguramente fue importante en ello el rol de lugares conocidos, frecuentados o imaginados a partir de relaciones intergrupales y de la búsqueda de recursos distantes. Sin embargo, aún no sabemos cuál fue el destino final de estos pueblos que hicieron historia en el pasado prehispánico del área andina meridional.



## **Bibliografía**

Balesta, B. y N. Zagorodny

2002. Los frisos antropomorfos en la cerámica funeraria de La Aguada de la Colección Muñiz Barreto. *Estudios Atacameños* N° 24, pp. 39-50, San Pedro de Atacama, Chile.

Baldini M., J. Carbonari, G. Cieza, M. E. De Feo, M. F. Castillo, R. Huarte, A. Figini, A. R. González y J. Togo.

2002 Primer análisis de la cronología obtenida en el sitio Choya 68 (Dto. Capayán Catamarca). *Estudios Atacameños* 24, pp. 71-82. San Pedro de Atacama, Chile.

Bennett, W.; Everett F. Bleiler and Frank H. Sommer.

1948. Northwest Argentine Archaeology. *Yale University Publications in Anthropology*, N° 38, pp. 32-64, New Haven.

Callegari, A, F. Campos, M. Gonaldi y G. Raviña.

1996-1998. Una interpretación de la jerarquización espacial a través del análisis cerámico y arquitectónico en el sitio La Cuestecilla. (Famatina, La Rioja). *Palimpsesto*, N° 5, pp. 119-126 Buenos Aires.

Casanova, E.

1930. Hallazgos arqueológicos en el cementerio indígena de Huiliche (Dto. de Belén . Prov. de Catamarca). *Archivos del Museo Etnográfico* N°3, pp.5-25, Universidad de Buenos Aires.

Cruz, P.

2006. Complejidad y heterogeneidad en los Andes meridionales durante el Período de Integración Regional (siglos IV-X d. C.). Nuevos datos acerca de la arqueología de la cuenca del río de Los Puestos (Dpto. Ambato-Catamarca, Argentina) *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* / 2006, 35 (2): 121-148.

Debenedetti, S.

1917. Los yacimientos arqueológicos occidentales del Valle de Famatina (provincia de La Rioja). *Physis*. Tomo III: 386-404, Buenos Aires.

1931. *L'ancienne civilisation des Barreales*. Ars Americana 2, París.

Delfino, D.

1996-97. Primeras evidencias de La Aguada en Laguna Blanca (Dto. de Belén Catamarca) y los indicios de una asociación contextual con Ciénaga. *Shincal*, N° 6, pp. 213-233, Catamarca.

González, A. R.

1950-55. Contextos Culturales y Cronología Relativa en el Area Central del NOA. *Anales de Arqueología y Etnología*. Tomo IX, pp. 16-29. Universidad. de Cuyo. Mendoza.

1961-64. La Cultura de La Aguada del N.O.A. *Revista del Instituto de Antropología. Facultad de Filosofía y Humanidades*. Tomo II, pp.2-21. Córdoba.

1998. *Cultura de La Aguada. Arqueología y Diseños. Arte Precolombino*. Filmediciones Valero.

González, A. R. y G. Cowgill

1970-75. Cronología del Valle de Hualfín, Provincia de Catamarca. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas del I Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (Rosario), pp. 383-405., Buenos Aires.

Gordillo, I.

1998. Del Barro a la figura. Caracterización de la alfarería Aguada de Ambato. En: *Homenaje a Alberto Rex González: 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la Antropología Argentina*. Fundación Argentina de Antropología. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, pp. 285-307.

2004. Organización socioespacial y religión en Ambato: el sitio ceremonial La Rinconada, Ambato. Tesis Doctoral, FFyL, UBA (ms)

2005. Arquitectos del rito. La construcción del espacio público en La Rinconada, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo XXIX, pp. 111-136, Buenos Aires.

2007a. Detrás de las paredes... Arquitectura y espacios domésticos en el área de La Rinconada (Ambato, Catamarca). En: *Procesos Sociales Prehispánicos en los Andes Meridionales: Perspectivas desde la casa, la comunidad y el territorio*. Compilado por Axel E. Nielsen, M. Clara Rivolta, Verónica Seldes, María M. Vázquez y Pablo H. Mercolli. Editorial Brujas (ISSN 978-987-591-106-2), pp. 65-98. Córdoba.

2007b. Eran otros tiempos. Cronología de la Integración Regional en el NOA. En: *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*. Editado por Verónica Williams, Beatriz Ventura, Adriana Callegari y Hugo Yacobaccio (ISBN978-987-05-3282-B), pp. 221-234, Buenos Aires.

Gordillo, I.

2008. *Imágenes quietas y símbolos viajeros. Representaciones rupestres y mobiliarias en el arte Aguada oriental*. Informe al Fondo Nacional de las Artes.

Gordillo, I., M. Baldini y M. F. Kusch

2000. Entre objetos, rocas y cuevas: significados y relaciones entre la iconografía rupestre y mobiliario de Aguada. En: M. Podestá y M. de Hoyos (ed.) *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, Sociedad Argentina de Antropología, pp. 101-111. Buenos Aires.

Gordillo, I. y A. Solari

2009. Prácticas mortuorias entre las poblaciones Aguada del valle de Ambato (Catamarca, Argentina). *Revista española Antropología Americana*, número 39 -1, pp. 31-51. Madrid, España.

Gordillo, I.; J. M. Vaquer y M. Basile

2009. Prospecciones arqueológicas en Andalgala (Catamarca): Resultados y perspectivas (ms.)

Gudemos, M.

1995. Consideraciones sobre la música ritual en la cultura Aguada. Publicaciones 47, Arqueología, CIFYH, UNC, pp. 111-145, Córdoba.

Hall, E.

1966. *The Hidden Dimensions*. Doubleday, Garden City, New York.

Kriscautzky, N.

1996-1997 Nuevos aportes en la arqueología del valle de Catamarca. *Shincal* 6, pp. 27-34. Catamarca.

Kriscautzky, N. y D. Lomaglio

2000 ¿Aguada, o Aguadas? en el valle de Catamarca. *IV Mesa Redonda sobre la Cultura de La Aguada y su dispersión*, San Pedro de Atacama. Octubre 2000. Página web: <http://www.geocities.com/aguadamesaredonda/oaguadas/oaguadas.html>..

Kusch, M. F.

1996-1997 Estructura y diseño en la cerámica Portezuelo. *Shincal* 6, pp. 241-248, Catamarca.

Kusch, M. F.

2000. Coincidencias y diferencias: La cerámica Portezuelo y el arte rupestre de Catamarca. *Arte en las Rocas. Arte Rupestre, Menhires, y Piedras de Colores en Argentina*, M. Podestá y M. De Hoyos, Sociedad Argentina de Antropología (Ed.), pp. 95-100. Buenos Aires.

Kusch, M. F. y M. Baldini

1996. Unidad y diversidad: un caso de análisis a través de la iconografía Aguada (ms).

Lafone Quevedo, S.

1892. Catálogo descriptivo e ilustrativo de las huacas de Chañar Yaco. (Catamarca). *Revista del Museo de La Plata*. Tomo III. La Plata.

Laguens, A.

2006 Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s. IV-X d.C.). *Chungara, Revista de Antropología Chilena*; Volumen 38, Nº 2, pp. 211-222.

Llagostera, A.

1995. El Componente Cultural Aguada en San Pedro de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*. Nº 6, pp. 9-34. Santiago de Chile.

Núñez Regueiro, V.

1974. Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología*, V, pp. 169-190. Córdoba.

Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi

1990. Aproximación al estudio del área pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos*. Nº 12, pp. 125-160, Instituto Nacional de Antropología. Buenos Aires.

Pantorrilla, M y V. Núñez Regueiro

2006. Investigaciones arqueológicas en la zona de Escaba, provincia de Tucumán: asentamientos Condorhuasi y Aguada en las Yungas. *Intersecciones en Antropología* 7, pp 235-245. Facultad de Ciencias Sociales – UNCPBA.

Pérez Gollán, J. A; M. Bonnin; A. Laguens; S. Assandri; L. Federici; M. Gudemos; J. Hierling y S. Juez

1996-1997. Proyecto Arqueológico Ambato: Un Estado de la Cuestión. *Shincal*, Nº 6, pp. 115-123. Catamarca.

Pérez Gollán, J. A. y O. Heredia

1990. Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos* Nº. 12, pp. 161-179. Instituto Nacional de Antropología. Buenos Aires.

Raffino, R.

1988. *Poblaciones indígenas en Argentina*. Ed. TEA, Buenos Aires.

Sempé, M. C. y M. Baldini

2005. La Aguada en el valle de Hualfín: comportamiento funerario y sectores sociales. En: *Azampay. Presente y pasado de un pueblito catamarqueño*, pp. 289-331. Ed. Al Margen - UNLP, La Plata

Salceda, S. y M. C. Sempé

2006. Cronología y paleodemografía en el valle de Hualfín. En: *Azampay. Presente y pasado de un pueblito catamarqueño*, pp. 441-456. Ed. Al Margen - UNLP, La Plata.

Sempé, M. C.; B. Balesta y N. Zagorodny

1996-97. Barrealito de Azampay: un sitio Ciénaga/Aguada. *Shincal* 6, pp. 35-45. Catamarca.